

Cuanto le recibieron quedaron en el mismo instante transformados en otros hombres muy diversos de lo que antes eran, dotados de una elevación de alma extraordinaria, llenos de sabiduría y de luces sobrenaturales, y en una palabra, dignos ministros del Eterno y Apóstoles generosos. Movidos del sagrado fuego que ardia en sus pechos, y que nada fué capaz de extinguir, abandonaron su retiro, y corrieron á predicar públicamente á Jesucristo.

Innumerables judíos de todas las naciones del mundo se reunieron en Jerusalem con motivo de la solemnidad de la fiesta. Veíanse (1) Partos, Medos y Elamitas; los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia; los de Frigia, de Panfilia y del Egipto; los de la Libia, confinante con Cirene, de Grecia y de Roma, los Cretenses y los Arabes; esto es, judíos oriundos de estas diferentes regiones y recién llegados á Palestina. El concurso jamás había sido tan numeroso en ninguna Pascua, porque según refiere el historiador Josefo (2) todo el mundo estaba convencido de que estaban á punto de verificarse los oráculos de los Profetas sobre la venida del Mesías. Los Apóstoles dieron principio anunciando el Evangelio á esta inmensa turba compuesta de naciones tan distintas, respondiendo á sus preguntas y á sus objeciones. Oíanles todos hablar en su propia lengua de un modo tan fácil y natural, que les parecía haber nacido en su país aquellos hombres, y lo hubieran creído así á no haber positivamente que eran unos pobres pescadores de Galilea, que desde su infancia habitaban la orilla del lago de Genesareth, donde con su trabajo adquirían el sustento. Nunca se había notado un prodigio semejante; todos eran de él jueces y testigos, y

(1) Act. Apost. 2.

(2) Joseph. de bello Judaic. lib. 7, cap. 12. (1)

la calumnia misma no pudo negar su admisión.

Entonces levantando la voz el Apóstol San Pedro, explicó por su orden á aquella multitud todos los misterios que se habían cumplido en la persona de Jesús Nazareno, y les demostró que el Hijo del hombre, á quien crucificaron pocos días antes, era al mismo tiempo Hijo de Dios y el Mesías prometido. Convirtiéronse en este primer sermón tres mil hombres (1).

Poco tiempo después subió San Pedro al templo en compañía del discípulo amado (2), á eso de las tres de la tarde, que era la hora de la oración; porque mientras existió la Sinagoga (3), á la que respetaron hasta su ruina, los fieles circuncisos practicaron los ejercicios de la Ley Mosáica. Hallaron los Apóstoles en la puerta llamada la Hermosa á un pobre, cojo de nacimiento, que no podía valerse de sus piernas, y le llevaban todos los días á aquel sitio para que pidiese limosna. Como hacia muchos años que frecuentaba de continuo este lugar, y contaba ya cuarenta de edad, era generalmente conocido. Espuso sus cuitas á los Apóstoles, y les pidió alivio. El Espíritu de Dios advirtió interiormente á uno y á otro el prodigio que iba á obrar por su mediación. *Atiende hacia nosotros*, responden á este desgraciado en un tono compasivo; ejecutólo así con toda la atención que da la esperanza, y entonces le dijo San Pedro: *no tenemos oro ni plata; pero te daremos lo que está en nuestra mano: en nombre de Jesús Nazareno levántate y camina*; y diciéndolo esto le asió de la mano derecha, le levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y las plantas. Sintióse sano, y dando un salto de gozo se puso en pie y echó á

(1) Act. Apost. 2.

(2) Ibid. 3.

(3) Joseph. lib. 14 Antiq. cap. 8. (2)

andar, y entró con ellos en el templo, salvando y loando á Dios.

Dirigiéronse los tres hácia la galería llamada el Pórtico de Salomon: toda la multitud que estaba por las cercanías corrió apresurada, y cercó á San Pedro una turba numerosa deseando que se explicase sobre el prodigio que veían en aquel hombre.

«Hijos de Israel (1), les dice el Apóstol, ¿cuál es la causa de vuestra sorpresa? ¿y por qué os admirais de nosotros, como si con nuestro propio poder hubiésemos sanado á este hombre? No, no es obra nuestra sino de Jesucristo, Hijo único del Altísimo, el mismo que entregásteis á Poncio Pilato, obligando á este gobernador infiel á que le condenase: este es el Hijo de David, vuestro Cristo y vuestro Rey verdadero, á quien ahora ha glorificado el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Vosotros le pospusisteis á un ladrón infame y homicida, cuando solicitásteis con tanta pertinacia la libertad del malvado Barrabás, é hicisteis morir al Autor mismo de la vida á quien Dios ha resucitado de entre los muertos, como nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos en la gloria de su resurrección y de su triunfo. Por la fé que debe tenerse en Jesucristo, este hombre á quien todos veis y conoceis, acaba de conseguir una curación perfecta á vista de tantos testigos. Pero, hermanos míos, si os recuerdo que habeis hecho morir al Justo por excelencia y al Mesías, no es por injuriosos; antes conozeo que obrásteis por ignorancia con vuestros magistrados, vuestros ancianos y los príncipes de los sacerdotes; y el Señor ha dispuesto que todo sirva al cumplimiento de los designios de su misericordia y á la consumación del sacrificio de su Cristo anunciado por todos los Profetas. Haced, pues, penitencia para no ser escludidos de la ben-

dicción prometida á nuestros padres y en el linage de Abraham á toda la tierra. Ya hemos llegado al término decisivo que fué predicho por los santos oráculos de todas las edades, y del cual habló especialmente Moisés cuando dijo (1): «El Señor levantará un Profeta de en medio de vuestros hermanos, cuya doctrina confirmará la mia y la llevará á su perfección. Oidle pues con cuidado y sujetaos en todo á sus leyes, y si alguno rehusare obedecerle, sea exterminado de en medio de su pueblo.»

Convirtiéronse en este sermón cinco mil hombres (2), sin contar las mugeres y niños, no obstante que lo interrumpieron los sacrificadores y guardias del templo, unidos á una turba de saduceos irritados. Coligáronse contra los discípulos de Jesucristo todos estos incrédulos aunque entre sí estaban muy discordes; los primeros porque no podían tolerar que se pusiese en claro la resurrección gloriosa del Salvador, y los saduceos (entre los cuales había muchos sacerdotes) porque no creyendo la resurrección de los cuerpos se llenaban de indignación por la prueba que de la resurrección del Hombre-Dios resultaba en favor de la resurrección futura de todos los hombres. Apoderáronse pues de los dos Apóstoles y del mendigo curado, y como ya era tarde los tuvieron custodiados hasta el día siguiente.

Reunióse por la mañana el Sanhedrin (3), que era el Consejo Supremo de la nación judía, compuesto de setenta y un individuos de los cuales veinte y cuatro eran los príncipes de los sacerdotes, ó cabezas de las veinte y cuatro familias sacerdotales; y los restantes, doctores, levitas y ancianos de cada tribu. Anás ó Anano era el presidente de este Senado, que solo se juntaba para tra-

(1) Deuter. 18.

(2) Act. Apost. 4.

(3) Act. Apost. 3. — Thal. Cod. Sanh. c. 1 y sig.

(1) Act. Apost. 3.

B. del C., tomo XVI. — III. — HISTORIA ECLESIASTICA, — Tomo I.

tar los negocios mas importantes. Condujeron pues á San Pedro y á San Juan á la asamblea, y los interrogaron en qué nombre ó con qué virtud habian ejecutado el prodigio cuya realidad no negaban. Respondió San Pedro, muy tranquilo y firme, que en nombre de Jesucristo crucificado; que el temor de los tormentos no podia obligarle á negar la debida gloria al primer Autor de una obra tan milagrosa: que este bienhechor Omnipotente era en realidad la piedra angular de que se hace mencion en las profecías, la cual aunque habia sido desechada, no por esto dejaba de ser la basa de todo el edificio de la salvacion de los hombres; y finalmente, que sus propios enemigos no podian tener otro fundamento para esperar el cielo.

Causó la mayor admiracion á los jueces este valor y este conocimiento de las Sagradas Escrituras en unos hombres faltos de educacion y de estudio, y que poco antes manifestaron tanta flaqueza al tiempo de la muerte de Jesucristo. A su vista estaba el cojo sano, y el hecho era de tal naturaleza que no podian negarle como deseaban. Mandaron pues salir á los acusados, y despues de una larga discusion tornaron á llamarlos, y el resultado fué hacerles vagas amenazas. Prohibióles el presidente, al tiempo de darles libertad, que de ningun modo enseñasen ni predicasen el nombre de Jesucristo.

“No podemos, replicaron los Apóstoles; no podemos obedecer semejante orden; considerad segun la ley que respetais como nosotros, si será justo obedecer á los hombres antes que á la voz del cielo, que nos manda anunciar estas verdades de que nos ha hecho depositarios, y confirma nuestra predicacion con prodigios tan evidentes.” Volvieron de nuevo á amenazarlos; pero les dieron libertad, porque temian al pueblo, el cual glorificaba

altamente al Señor por todo lo que veia.

San Pedro y San Juan dieron cuenta á los fieles de lo que les habia sucedido; y todos bendijeron al Omnipotente, y creyendo que la paz concedida por la Sinagoga solo duraria hasta que pudiera romperla sin riesgo, suplicaron al Señor concediese á los predicadores de su nombre la virtud de los milagros y la gracia de que sirviesen á su mayor gloria. Luego que concluyeron esta oracion mostró el cielo de un modo sensible que la habia oido, pues se movió el lugar donde estaban los Apóstoles con sus discípulos, y todos los que se encontraban presentes recibieron los dones del Espíritu Santo con mayor abundancia.

Las puras impresiones que hacia este divino fuego en las almas, eran todavía mas saludables que el don de lenguas y los demas prodigios. Toda la ciudad de Jerusalem estaba edificada de ello, á lo menos el pueblo naturalmente sencillo y recto, y que por lo comun solo es pervertido por las estrañas seducciones de la ambicion. Veían que los fieles eran piadosos, recogidos, aficionadas á la oracion y á la doctrina, y lo que mas admiraba á una nacion tan codiciosa de los bienes terrenos como siempre fué la de los judíos, era el ver en los que abrazaban esta nueva ley un desinterés mas angélico que humano. Tenian todos en efecto un solo corazon y una sola alma, y parecian componer una grande familia, donde nadie posee cosa alguna que no sea comun á todos. Vendian sus casas y sus tierras y ponian el precio á los pies de los Apóstoles, que lo distribuian con igualdad entre todas las familias: de esta suerte no habia ricos ni pobres, ni peligro de cosas superfluas, ni cuidado de indigencia; y esta santa sociedad pasaba unos dias felices é inocentes en inalterable concordia.

Verdad es que los cristianos encontraron el ejemplo de este desapego de las co-

sas terrestres en los Esenos (1), que era una especie de judíos reputados por mucho mas santos que los otros, pero al mismo tiempo eran los mas supersticiosos, y los mas celosos de su libertad, ó por mejor decir, de una orgullosa independencia. Gloriábanse estos hombres altivos de no reconocer otro soberano que á Dios, y lo hubieran sacrificado todo antes que someterse por ningun motivo á hombre alguno (2); bien distantes en esto de la virtud modesta y pura de los fieles discípulos del Salvador, tan humildes como desinteresados, y los mas sociables y edificantes de todos los hombres.

Los Apóstoles se dedicaban á cultivar estas producciones de la gracia, especialmente en los prosélitos que de dia en dia iban aumentando el número de los fieles. Fortalecian su fé, que no habia de disfrutar de paz por mucho tiempo, y arreglaban con esmero las costumbres y la disciplina. Reunian á los hermanos para practicar los ejercicios de la Religion en las casas de algunos de los mas virtuosos discípulos. Allí se celebraba el sacrificio adorable; se recibian los sacramentos, y en fervorosas pláticas se trataba de los misterios y doctrina del Redentor. Multiplicáronse tanto en breve tiempo sus adoradores, que no era posible reunirse en un solo lugar, y fué necesario que se dividiesen formando otras diferentes asambleas en distintos sitios de Jerusalem. Tenia cada una sus ancianos que cuidaban del buen orden, y á lo menos un sacerdote, ordenado segun la ley nueva, con algunos ministros inferiores que le asistian. Por San Epifanio sabemos (3) que en estos primeros tiempos establecieron los Apóstoles en unas partes obispos y diáconos sin presbíteros, y en otras presbíteros y diáconos sin obispo. Las funciones ordinarias del primer orden del

sacerdocio, ó sea de los obispos, eran anunciar el Evangelio con mas solemnidad, confundir á los incrédulos, fortalecer los fieles en la fé, visitar las nuevas Iglesias para evitar los abusos, hacer nuevas conquistas para Jesucristo y perfeccionar las ya hechas.

Este régimen y estos usos de la Iglesia en el tiempo en que comenzaba á formarse en medio de sus enemigos, no podian menos de ser algo distintos de los de nuestro tiempo en ciertos puntos de poca importancia. El imperio y los reinos no se dividieron en diócesis fijas y limitadas sino segun que los pueblos y provincias iban abrazando el cristianismo; y antes de dirigirse á las naciones estrañas los primeros ministros del Evangelio, habian de hacer partícipes de sus luces á los hijos de Israel que no rehusaran admitirlas. Esta fué la conducta de los Apóstoles y de sus discípulos, y en cierto modo el origen de la disciplina apostólica, que desde entonces hacia distincion entre las obligaciones de rigurosa justicia y las de pura perfeccion. Pertenecia sin duda á esta última y distinguida clase la renuncia efectiva y total de los bienes de fortuna; mas se requeria estrictamente la rectitud y sinceridad en los que querian llegar á este grado de perfeccion, y era una hipocresía muy culpable hacer un sacrificio público de todos los bienes, y retener ocultamente alguna parte de ellos.

Uno de los que sobresalieron por la renuncia de todo cuanto poseia fué el levita José, originario de Chipre (1), quien vendió una heredad y puso el precio en manos de los Apóstoles. Diéronle despues el nombre de Bernabé, que significa «hijo de consuelo», y le destinaron á las funciones y aun á la dignidad de Apóstol, como veremos mas adelante.

Otro discípulo, llamado Ananías (2), in-

(1) Joseph. de bello Judaic. lib. 2, cap. 12.

(1) Id. Antiq. lib. 13, cap. 9.

(2) Epiphau. Tractat. Haeres. contra Aerium.

(1) Act. Apost. 4.

(2) Ibid. cap. 5, v. 1 y sig.

tuvo de acuerdo con su mujer Safira, engañar al Príncipe de los Apóstoles. Vendió sus tierras, y presentó una parte del dinero que le dieron por ellas guardando la otra. Reveló Dios al Gefe de su Iglesia este culpable engaño, y lo castigó con un rigor espantoso, pero necesario para vigorizar la autoridad apostólica y conservar la pureza de la Iglesia naciente. "No has mentado á los hombres sino á Dios, dijo á Ananías el Príncipe de los Apóstoles mirándole con rostro severo. ¿Quién te obligó ni importunó para que vendieras tus posesiones? ¿y qué ceguera es la tuya, que bajo las apariencias de una obra tan buena te dejas prender en los lazos de Satanás?" Cayó Ananías muerto repentinamente herido de estas palabras como de un rayo, y quitándole luego al punto de la presencia de San Pedro, le dieron sepultura. Llegó tres horas despues su muger Safira, que ignoraba lo que habia sucedido: dirigióla San Pedro la misma pregunta que á su marido sobre el precio de la venta, y como repitese la misma mentira, recibió igual castigo. Estos dos castigos produjeron los mas felices resultados, pues no solo se poseyeron los fieles de un saludable temor, sino que los estraños formaron la mas alta idea de la grandeza y poder de Dios que de tal modo velaba por la gloria de su Iglesia.

Obraba el Señor por el ministerio de los Apóstoles otras muchas maravillas (1). Espelian los espíritus inmundos y curaban todo género de enfermedades; y era esto tan habitual en San Pedro, que ponian á los enfermos en las calles ó plazas por donde habia de pasar, para que al menos su sombra los tocara; lo cual bastaba para que lograsen perfecta salud. De todos los pueblos cercanos llevaban á Jerusalem los endemoniados y enfermos, y los prodigios que

(1) Act. Apost. 5.

hacia aumentaban cada dia mas y mas el número de los fieles. Aunque los principales de los judíos, por respetos humanos, harto comunes á su clase, no imitaban á la multitud, al menos no podian apagar la fé, ni impedir la veneracion del pueblo. No estaba ociosa entre tanto la envidia sacrilega de los enemigos de Cristo, y se convinieron en dar una forma judicial á la persecucion para desacreditar á los fieles en la opinion del público.

Los principales autores de esta trama fueron tambien el gran Sacerdote de aquel año (1) y los individuos de su Consejo; hombres todos pervertidos en puntos de Religion y prontos á sacrificarlo todo para que triunfase la secta impia de los saduceos. Al efecto mandaron prender á los mas célebres discípulos, poniéndolos en cárceles públicas para principiár desde el dia siguiente á instruirles su causa legalmente; pero el ángel del Señor los puso en libertad durante la noche. Reunido el Consejo enviaron á buscarlos, y aunque la cárcel se veia perfectamente cerrada por todas partes, y los centinelas velaban al rededor con exactitud; sin embargo de esto, no hallaron á ninguno de los fieles encarcelados. Quedáronse confundidos los senadores al oír esta noticia: miráronse atónitos unos á otros: discutieron, deliberaron, pero no hallaban medio de ocultar su vergüenza. Llegó entretanto uno á decirles que los prisioneros que buscaban, estaban en medio del templo instruyendo al pueblo. El ángel que los libró de la cárcel (2) les mandó que fuesen allá sin miedo, y continuasen predicando la doctrina de la salvacion. Fueron conducidos al Senado sin violencia y con muchas demostraciones de respeto, como para escucharles sus defensas: pero solo los trataban de esta

(1) Act. Apost. 5.
(2) Ibid. 5.

suerte porque les inspiraba temor el pueblo conmovido á vista del prodigio de que habia sido testigo y porque en los primeros momentos de su indignacion podia apedrear á los perseguidores.

Cuando los prisioneros estuvieron ante el tribunal, díjoles el gran Sacerdote (1): "¿No os hemos prohibido con mucho rigor que anunciéis el nombre de ese muerto que vosotros afirmáis ser el Cristo? Sin embargo, habeis llenado de su doctrina toda la ciudad, y haceis caer su sangre sobre nosotros, como si fuésemos asesinos y sacrilegos." Pedro, en su nombre y en el de los demas hermanos, respondió como la vez primera, que *ninguna potestad humana podia impedirles el obedecer al Señor, y añadió con mayor esfuerzo que nunca que Jesus crucificado por la sinagoga, pero resucitado gloriosamente por el Dios de Israel, era el Salvador de quien todos los hijos de Jacob debian esperar la gracia de la penitencia y la remision de los pecados.* Mostró tanto valor y tanto celo el Príncipe de los Apóstoles, que enfurecido y despechado el sumo Sacerdote, y olvidado de la moderacion que afectára por política, se hubiera precipitado en el último extremo, á no ser por un venerable doctor llamado Gamaliel, que mitigó su ira con un dictámen tan prudente como sencillo.

Gamaliel, aunque fariseo, no estaba poseído del orgullo propio de aquellos sectarios, y por consiguiente se acercaba al principio de la fé y de las buenas costumbres mas que todos los del Senado, compuesto por la mayor parte de saduceos que no tenían mas religion que aquella de que son capaces los que se fingen al alma mortal como el cuerpo, y se persuaden que nada hay mas allá del sepulcro: "¿De qué sirve, les dice, oh israelitas, molestaros acerca de

estos hombres (1)? Si su empresa es obra de ellos, caerá por si misma; pero si es de Dios, en vano os oponéis á ella, y tal vez á vista de los hechos se os tendrá por rebeldes al Señor." Pareció acertado este dictámen, aunque solo lo siguieron en parte. Con efecto, no condenaron á la pena capital á los acusados; pero los mandaron azotar ignominiosamente, y despues los pusieron en libertad, prohibiéndoles de nuevo hablar de Jesucristo. Retiráronse los discípulos muy contentos de haber sido dignos de sufrir esta afrenta por el nombre del Salvador, y de allí en adelante mostraron mayor celo en predicar el Evangelio, así en el templo como en las casas particulares.

Iba cada dia en aumento el número de los prosélitos (2) lejos de disminuirle esta persecucion, y la multitud de los fieles vino á ser tan numerosa que ya no podian los Apóstoles desempeñar por sí mismos todas las funciones de la caridad. Eligieron algunos para que les auxiliasen; mas pareciendo que no cumplian estos con toda la exactitud conveniente; porque no tenían el carácter ni la autoridad propia para el ministerio, se suscitó una discordia entre los judíos de Palestina, llamados propiamente hebreos, y los helenistas ó naturales de la Grecia. Para evitar esta disension, mas perjudicial á la Iglesia que todas las persecuciones, convocó San Pedro la asamblea de los fieles, y en nombre de sus colegas les hizo presente que no podian los primeros pastores dedicarse á la distribucion de las limosnas, sin abandonar el ministerio de la divina palabra ó de la oracion; por lo cual propuso se eligiesen siete hombres de buena fama, y dotados de los dones del Espíritu Santo y especialmente del de sabiduria. Pareció bien esta propuesta á toda la asamblea; y fueron elegidos Esteban, tan célebre por su ardiente

(1) Act. Apost. 5.
(2) Ibid. 6.

(1) Act. Apost. 5.